

EL IDEAL CABALLERESCO DE CERVANTES Y SU REFLEJO EN *EL QUIJOTE*

CARLOS ALVAR

*Centro de Estudios Cervantinos
Université de Genève*

RESUMEN

El Quijote es una continua confrontación entre la realidad cotidiana y la ficción literaria; hay ocasiones en que estos dos mundos chocan de forma irreconciliable, provocando la risa entre los lectores y el enojo, la cólera del protagonista. El idealismo de los libros de caballerías tropieza con las necesidades perentorias de la vida, y Cervantes es especialmente sensible a estos aspectos.

ABSTRACT

Cervantes' Ideal of Knight and its Reflection on *Don Quixote*

Don Quixote as a novel is a continuous confrontation between everyday life and literary fiction; sometimes those two worlds inevitably crash, causing the reader's laughter and the character's annoyance and anger. The idealism from books of chivalry meets with the peremptory needs of life, and Cervantes is especially sensitive to these aspects.

Cervantes plantea *El Quijote* como un continuo diálogo entre la realidad y la fantasía; la realidad histórica y social de la España del reinado de Felipe III y la fantasía que generan en la mente del protagonista los recuerdos de muchos libros de caballerías:

En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la *fantasía* de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo (I, 1).

Es una fantasía que se identifica con la imaginación –al fin y al cabo son la

palabra griega y la latina para designar un mismo concepto—, y por lo tanto se trata de una facultad asociada a la memoria, la receptiva. Pero en el caso de Don Quijote, es también una facultad proyectiva, creadora de mundos.

El diálogo entre realidad y fantasía se establece en todos los niveles del libro, desde los dos núcleos estructuradores del conjunto, la venta y el palacio de los Duques, hasta los detalles más pequeños, como puede ser el baciuelmo, pasando por los episodios más conocidos, los molinos-gigantes o los rebaños-ejércitos, y otros tantos. Con esta perspectiva, bien se puede decir que la aventura del yelmo o de la bacía de barbero condensa la técnica literaria y la habilidad narrativa de nuestro autor.

La figura del caballero y la concepción de los caballeros que aparecen en la novela no se sustraen a esta elaboración; dos mundos se encuentran y chocan, naturalmente, a lo largo de las páginas del libro: la realidad del caballero y la fantasía del caballero andante. Se trata de dos mundos distintos unidos en la mente del protagonista.

La primera parte de la novela, aparecida en 1605, se titulaba *Historia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, mientras que la segunda parte, que vio la luz diez años más tarde, había sustituido el “hidalgo” por “cavallero”: entre medias, el cambio más significativo había tenido lugar en la venta, donde D. Quijote fue armado caballero, tras una memorable noche de vela de armas. Da igual que la ceremonia careciera de valor para quienes vivían en el mundo de la realidad; en la fantasía del hidalgo, el ventero era señor de un castillo, caballero, y por lo tanto tenía plena capacidad para recibir en la orden de caballería a cuantos se le acercaran a pedírsele y cumplieran los requisitos establecidos. Realidad y ficción no coinciden, y justamente por eso las distorsiones que hay en la obra nos llevan a la risa.

No resulta fácil definir el papel social del hidalgo en el siglo XVII, dada la multiplicidad de posibilidades y la variedad de matices que concurren en cada uno de estos individuos: los hay de linaje y los hay de privilegio o de ejecutoria; o, dicho de otro modo, de familia o por nombramiento regio (con o sin intervención del dinero). Hay aquí una cuestión fundamental, la de la superioridad de la nobleza de sangre sobre la advenediza, que será debatida a lo largo de todo el siglo, hasta que llegue a reconocerse que tanto vale la una como la otra. La “nobleza natural”, que es reflejo de la virtud quedaba atrás, como la “hidalguía universal” que correspondía a los territorios del norte de la Península.

Muchas distinciones con muchos matices, lo que hacía que no resultaran nada claros los límites jurídicos o los privilegios que correspondían a cada uno de esos grados: ¿qué distancia había entre un caballero y un hidalgo? Desde luego, mucho menor que la existente entre pobre y rico, o noble y villano. Es la distancia que separa a Don Quijote de Sancho, señor y amo; es una distancia que Sancho quiere acortar mediante la obtención de un título que recompense sus servicios y que le permita vivir sin trabajar, como corresponde a los hidalgos, y su señor, que conoce bien la dinámica social —aunque sea literaria— se lo deja bien claro:

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza; antes, pienso aventajarme en ella: porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos; y, ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o, por lo mucho, de marqués, de algún valle o provincia de poco más a menos; pero, si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino que tuviese otros a él adherentes, que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo (I, 7).

Vivir de las rentas es el ideal de la nobleza, alta y baja; pero la nobleza había tenido entre sus funciones principales la guerra, actividad propia de los caballeros que iban acompañados por sus escuderos hasta que apareció la artillería, y los antiguos métodos de combate quedaron anticuados frente a la eficacia de las nuevas armas y de los soldados mercenarios o profesionales.

Los hidalgos y los nobles en general tienen que acomodar su sistema de vida a los nuevos tiempos; una posibilidad era quedarse en el campo, vigilando sus tierras y viviendo de las rentas; la otra, acudir a la corte, donde se podía medrar, aunque los peligros ocultos eran numerosos. No extraña el recuerdo de un pasado que se intuía mejor, en el que los caballeros, como representantes del estamento de la nobleza, se sentían útiles a la sociedad, procurando el bienestar, impartiendo justicia y dando seguridad a todos.

En los nuevos tiempos, algunos han regresado a sus propiedades y las administran con buen tino incluso en los momentos de crisis y dificultades económicas; tal podría ser el caso de don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán:

—Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido. Soy más que medianamente rico y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer, y con mis hijos, y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso, o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que éstos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor (II, 16).

Don Diego de Miranda ha expuesto por extenso unas ideas que comparte plenamente Don Quijote, aunque éste las aplica en general a los caballeros que frecuentan la compañía del rey en la corte:

Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva a las damas el cortesano; autorice la corte de su rey con libreas; sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa; concierte justas, mantenga torneos y muéstrase grande, liberal y magnífico, y buen cristiano, sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones. (II, 17)

Esto no quiere decir que nuestro caballero apruebe la vida que llevan los nobles lejos de sus obligaciones más elementales:

Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies a la cabeza; y ya no hay quien, sin sacar los pies de los estribos, arriado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes. Ya no hay ninguno que, saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo; y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata, se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y, saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronce. Mas agora, ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no, díganme: ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula?; ¿quién más discreto que Palmerín de Inglaterra?; ¿quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco?; ¿quién más galán que Lisuarte de Grecia?; ¿quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianís?; ¿quién más intrépido que Perión de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián?; ¿quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia?; ¿quién más bravo que Rodamonte?; ¿quién más prudente que el rey Sobrino?; ¿quién más atrevido que Reinaldos?; ¿quién más invencible que Roldán?; y ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien deciden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su *Cosmografía*? Todos estos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Déstos, o tales como éstos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que, a serlo, Su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas, y con esto, no quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán della; y si su Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviera, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare. Digo esto porque sepa el señor Bacía que le entiendo (II, 1).

El arbitrio de Don Quijote intenta poner un poco de orden en un estamento en el que se han olvidado las funciones de defensa y protección, en beneficio del lujo, de la comodidad y de los fastos generales. Es la España de Felipe III.

Algunos de los nobles que han preferido la vida de la corte, buscando un lugar cercano al poder, se ven obligados a realizar cada vez mayores estudios, especialmente de Leyes; pero ése es un mundo en el que confluyen también miembros de la clase media, que han asistido a la Universidad y que han adquirido unos notables conocimientos. Juan Pérez de Biedma, hermano del capitán cautivo que llega a la venta de Juan Palomeque (I, 39 y ss.), ha estudiado en Salamanca y está a punto de embarcar hacia las Indias, con un cargo de oidor en la Audiencia de Méjico (I, 42).

Esta situación, que viene desarrollándose desde finales del siglo XV adquiere su expresión literaria en los debates sobre las armas y las letras, entre los que se puede incluir el brillante discurso de Don Quijote: la superioridad de los letrados se ve en su ascenso a los cargos de la Administración, lo que en definitiva supone un innegable ascenso social de los intelectuales (muchos de ellos conversos o descendientes de conversos), con el consiguiente temor de quienes hasta este momento estaban cómodamente instalados en unos cargos que se adquirirían gracias a la pertenencia al grupo de los nobles (la reacción obvia será la de las acusaciones de criptojudaismo).

Mientras, los aristócratas, los miembros de la alta nobleza, se dedican a vivir de fiesta en fiesta, una vez superada la austeridad que se había impuesto en tiempos de Felipe II: la llegada al trono de su hijo supone una época de continuas diversiones y grandes gastos. Es el mundo representado en el palacio de los Duques (II, 30 y ss.).

Los nobles, hidalgos, caballeros o aristócratas, vivían de las rentas, pagaban escasos tributos, tenían privilegios y prebendas; eran diferentes del resto de la población y servían de modelo a todos.

Como miembros de la nobleza, los hidalgos y caballeros intentan acercarse al poder en busca de "honra y provecho"; medrar en la corte significaba, ante todo, obtener una recompensa, una gratificación, que permitía vivir de forma desahogada el resto de la vida. El ama sabe muy bien cuál es la situación y por eso pregunta a Don Quijote si es que en la corte del rey no había caballeros, pues se le antojaba que podría servir al monarca sin tanta actividad como la de caballero andante. Naturalmente, Don Quijote rechaza este tipo de noble, que sin moverse logra fama:

—Mira, amiga —respondió don Quijote—: no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y, aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos a los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed. (II, 6)

Están, finalmente, los aristócratas, la alta nobleza, que constituyen un grupo homogéneo con gran poder en todos los ámbitos: son los duques, marqueses y condes que forman la elite política y social. Al Duque de Béjar dedica Cervantes el *Quijote* de 1605 y al Conde de Lemos, su protector continuo, la segunda parte

del *Quijote*; Sancho Panza, de nuevo, aspira a formar parte del restringido grupo de los aristócratas con el gobierno de la Ínsula Barataria.

Ésta es a grandes rasgos la realidad social referida a los hidalgos y caballeros con la que se encuentra Cervantes. Don Quijote por su parte tiene en la cabeza otra realidad social, o dicho de otro modo, la fantasía del protagonista le hace crear una imagen diferente de los caballeros, una imagen que coincide —era de esperar— con la que transmiten los libros de caballerías y cuyos orígenes se remontan a una época difícil de establecer, pero que podrían situarse en los siglos XII y XIII.

En efecto, se trata de los caballeros andantes, cuyas características quedan ya definidas desde el comienzo de la obra:

Le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse *caballero andante*, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa a poner en efecto lo que deseaba (I, 1).

Aumentar la honra y servir a la república, errar por el mundo en busca de aventuras, deshacer entuertos, arriesgar la vida a cambio de fama, y como recompensa, el ascenso social o la obtención de un reino; ésa es la vida de los caballeros andantes que imagina Don Quijote, y aún añade algunos detalles más:

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmando a sí mismo, se dio a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma (I, 1).

Es evidente que no puede faltar la dama y con ella, el amor; pues todo lo que hace el caballero lo hace por amor, para conseguir el favor de la dama: aventura y amor van siempre juntos:

Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras (I, 8).

Ya desde antes de Chrétien de Troyes (s. XII) la “aventura” constituye la razón de ser de los caballeros andantes, pues no es simple prueba de valor o de virtud, sino que se convierte ante todo en la búsqueda de la felicidad perdida.

Desde los primeros testimonios en lengua romance, y de acuerdo con su valor etimológico de participio futuro, “aventura” se asocia con “lo que ha de llegar”, es decir, con ‘destino, suerte, azar’ y, por tanto, pertenece al ámbito de lo imprevisible; pero a la vez que los héroes van asumiendo su propio destino, la aventura

se transforma en algo tan previsible como el propio porvenir de los personajes, y será favorable o desfavorable, según los méritos individuales, pues el destino recompensa o castiga las virtudes y las faltas:

y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado (I, 3).

E. Köhler estudió en un importante libro las profundas transformaciones sociales que se reflejan en la novela cortés y que repercuten directamente en la figura de los caballeros pobres: en la segunda mitad del siglo XII, se asientan los grandes principados territoriales y la monarquía como institución suprema; los caballeros que no forman parte de las casas más poderosas y que han quedado aislados, apenas tienen posibilidades de sobrevivir en tiempos de calma y carecen de funciones bien definidas, lo que les obliga a ganarse la vida yendo de un lugar a otro en busca de torneos o guerras, sin camino fijo:

Cortada, pues, la cólera, y aun la malenconía, subieron a caballo, y, sin tomar determinado camino, por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto, se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguía por dondequiera que guiaba, en buen amor y compañía (I, 21).

Y la "aventura" deja de ser el destino o el azar para transformarse en simple 'hecho de armas', pues sólo mediante las hazañas bélicas puede cambiar el futuro que aguarda a estos caballeros empobrecidos, situación que no es muy distinta de la que vive en propias carnes Alonso Quijano:

Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; sólo me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería. Pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes (II, 1).

Pero es bien sabido que sobre cualquier impulso, los caballeros andantes encuentran sus fuerzas en el amor, idea que justifica toda acción y que los mueve a las aventuras más extraordinarias:

—Eso no puede ser —respondió don Quijote—: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores; y por el mismo caso que estuviere sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón (I, 13).

Y, de nuevo, Chrétien es el primero en decirnos que es el amor el que empuja a Erec en busca de aventuras (v. 2767) por lugares desconocidos. Como Erec, muchos miembros de la corte y, luego, de la Mesa Redonda y caballeros andantes en general, se ponen en marcha por amor, buscando en las aventuras un futuro mejor: aunque la marcha carece de riesgos generalmente, la aventura en sí misma mantiene su carácter peligroso, y de ahí que muy pronto se asocie "aventura" a 'peligro'.

La vida en busca de aventuras es una vida llena de peligros y es la virtud suprema del valor caballeresco, donde se prueba el amor y la valentía; y, a la vez, a través del amor, el caballero mejora y aumenta sus virtudes:

De mí sé decir que, después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos (I, 50).

Nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasión los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos; si lleva, o no lleva, más corta la lanza, o la espada; si trae sobre sí reliquias, o algún engaño encubierto; si se ha de partir y hacer tajadas el sol, o no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona a persona, que tú no sabes y yo sí. Y has de saber más: que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y, si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, o porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, ama mía, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros a otros; y sería razón que no hubiese príncipe que no estimase en más esta segunda, o, por mejor decir, primera especie de caballeros andantes, que, según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud no sólo de un reino, sino de muchos (II, 6).

De Erec a Don Quijote, todos los caballeros se mueven por la imagen idealizada de la dama; no hacerlo supone caer en el grave vicio de la *recréantise*, mezcla de dejadez, cobardía, abandono, desinterés por la dama, en definitiva, de desamor. Reconocer la superioridad de la dama del vencedor no es sólo un acto de acatamiento; es, ante todo, la aceptación de la derrota en el amor y en las armas: no en vano se establece la equivalencia entre amar y valer más; el más enamorado es el que más vale, y el amor no es otra cosa que el resultado de la contemplación de la máxima belleza. Pero claro, no se puede amar a cualquier mujer: la condición social de la dama marca la valía del caballero: el mejor de los caballeros sólo puede enamorarse de la mejor de las damas; y, así, Lanzarote del Lago pondrá su

amor en Ginebra, la reina, mujer de Arturo; Tristán, en Iseo, también reina, esposa de Marco... Y Don Quijote, en Dulcinea del Toboso: la burla es clara, pero no invalida los planteamientos, al contrario, los refuerza marcando el nivel de locura del Ingenioso Hidalgo.

El amor es el impulso necesario para emprender las aventuras que harán cambiar el destino del caballero a través de los más variados peligros. Pero el caballero andante tiene que encontrar esas aventuras en las que demostrar lo mucho que ama y, en consecuencia, su gran valor. Calogrenant en *El caballero del león* (*Yvain*) de Chrétien se encuentra con un horrible villano, con el que entabla conversación, sorprendido de que se trate de un ser humano; en el diálogo, y ante las preguntas del monstruoso personaje, Calogrenant se identifica como caballero que busca lo que no puede encontrar, aventuras que le permitan probar su valentía, y pide, ruega, suplica a aquella criatura que le indique dónde hay “o aventuras o maravillas” (vv. 358-369). Es decir, pruebas de carácter previsible, destinadas al propio héroe, o pruebas de carácter irracional, pues “aventura” y “maravilla” no son sinónimos, sino que cada uno de estos términos tiene originariamente sus propios matices bien precisos, con unas connotaciones que sin duda compartía el público del siglo XII y que llegarán hasta el siglo XVII. Así, el caballero andante no teme ninguna adversidad, gracias a la fuerza que le da su condición y, en definitiva, el amor. Cabalga en busca de aventuras y, cuando las encuentra, acaba con ellas, pues le habían sido destinadas:

El andante caballero busque los rincones del mundo; éntrese en los más intrincados laberintos; acometa a cada paso lo imposible; resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los yelos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemorizen endriagos; que buscar éstos, acometer aquéllos y vencerlos a todos son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que a mí me pareciere que cae debajo de la jurisdicción de mis ejercicios; y así, el acometer los leones que ahora acometí derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad esorbitante, porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde; que así como es más fácil venir el pródigo a ser liberal que al avaro, así es más fácil dar el temerario en verdadero valiente que no el cobarde subir a la verdadera valentía; y, en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de más que de menos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen “el tal caballero es temerario y atrevido” que no “el tal caballero es tímido y cobarde” (II, 17).

En los libros de caballerías, la corte —del rey Arturo, generalmente— es el espacio del orden, de la armonía, amenazado continuamente por las fuerzas del mal, representadas generalmente por magos y hechiceras, aunque también por demonios y vicios. El caballero que sale en busca de aventuras va a luchar contra las amenazas de ese orden y tendrá que enfrentarse con los encantamientos maléficos, irracionales, es decir, con el mundo de las maravillas, que se producen, siem-

pre en el ámbito salvaje del bosque. Al darles fin no hará sino cumplir con los designios de Dios y, por eso, a veces la “aventura” representa la voluntad divina y es sinónimo de Providencia celestial. No en vano, la más alta de las aventuras es la del Santo Grial, reservada al Caballero Elegido por su pureza y vida virtuosa, es decir a Galaz, hijo de Lanzarote del Lago; el reino de Logres, sumergido en todo tipo de maravillas quedará libre de tantos maleficios en el momento en que queden al descubierto los misterios del Vaso Santo, que son la transubstanciación del pan y el vino en la carne y la sangre de Jesucristo.

Se trata, de nuevo, de una victoria de la Iglesia, que ha logrado imponer unas pautas de comportamiento a los caballeros andantes, dándoles unos códigos de conducta, unos ideales y conduciéndolos hacia un modelo cristiano de vida, en el que la confesión, la comunión, la asidua asistencia a misa, la castidad... se convierten en mandamientos obligatorios para escapar del mundo de las maravillas y entrar en la mayor de las aventuras.

Una rica variedad de matices que llevan del azar a los hechos de armas, del peligro a la más alta manifestación del Todopoderoso. Las distintas acepciones de “aventura” se han ido formando desde la segunda mitad del siglo XII y a lo largo del primer cuarto del siglo XIII, de manera que la *Vulgata* artúrica y más en concreto el *Lanzarote* en prosa (con su *Historia de Lanzarote*, la *Búsqueda del Santo Grial* y la *Muerte del rey Arturo*) dan cumplida cuenta de esa pluralidad de significados, una polisemia que enriquece los textos y permite diferentes niveles de lectura.

Luego llegarán los *Tristanes* en prosa y la *post-Vulgata*, y un largo recorrido que lleva a Italia y que llega a Castilla a comienzos del siglo XIV dando nacimiento a *Amadís de Gaula*, del que se puede afirmar que es descendiente muy directo de *Lanzarote* y progenitor de una larga estirpe de caballeros andantes, entre los que destacará Don Quijote de la Mancha.

Aventura y amor son dos términos que van unidos indisolublemente a la vida del caballero andante. La tradición literaria añade a ese conjunto las “maravillas”, pero un largo proceso de racionalización y de lenta imposición religiosa ha ido dejando a un lado todo lo que resulta inexplicable, pues en una sociedad cristiana sólo puede ser obra de Dios y responder a sus designios. Lo maravilloso se transforma en lo milagroso, competencia de Dios y de los santos.

Don Quijote se mueve en otro tiempo, cuando el mundo estaba poblado aún por las fuerzas malignas dispuestas a acabar con el equilibrio y la armonía del bien; los magos y hechiceros se ocuparán de causar todo tipo de estragos, de acuerdo con una tradición iniciada en el siglo XII y que pervive sin alteraciones en los libros de caballerías:

—Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes, pero jamás he leído, ni visto, ni oído, que a los caballeros encantados los lleven desta manera y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires, con estraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, o en algún carro de fuego, o ya sobre algún hipogrifo o otra bestia semejante; pero que me lleven a mí agora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios que me pone en

confusión! Pero quizá la caballería y los encantos destes nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos. Y también podría ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos y otros modos de llevar a los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? (I, 47).

Cada aventura es una unidad narrativa cerrada en sí misma, con su propia autonomía: personajes, lugar, acción difieren de una aventura a otra, con el único hilo conductor de los protagonistas, y a veces los héroes no son más que simples testigos de lo ocurrido a otros, que narran sus peripecias, generalmente en la corte ante un escribano que anota fielmente todo lo ocurrido para dejar memoria para la posteridad, dando lugar de esta manera a las crónicas (ficticias) de los diferentes caballeros: Blaise anota los hechos de Merlín, lo mismo hace Blioberis en la corte del rey Arturo con otros. Es inevitable el paso a la historia fingida: el sabio Xartón se ocupa de las hazañas de Lepolemo, el Caballero de la Cruz, y, naturalmente, Cidi Hamete Benengeli, de las de Don Quijote:

Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el esreberir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó a ninguno de los caballeros andantes, “de los que dicen las gentes que van a sus aventuras”, porque cada uno dellos tenía uno o dos sabios, como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más mínimos pensamientos y niñerías, por más escondidas que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase a él lo que sobró a Platir y a otros semejantes. Y así, no podía inclinarme a creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada; y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual, o la tenía oculta o consumida (I, 9).

Las aventuras que se presentan a Don Quijote son tan variadas como las de cualquier otro caballero andante; sus obligaciones, impuestas por la orden que profesan, son las mismas.

Deben ayudar a los menesterosos, sin ocuparse de averiguar nada más, lo que complicará no poco la vida a nuestro caballero:

—¡Majadero! —dijo a esta sazón don Quijote—, a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas o por sus gracias; sólo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga; y a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido; y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene (I, 30).

La defensa de la Fe, el espíritu cristiano y el combate contra los enemigos de la Religión es otro de los temas que se repiten en los libros de caballerías, pues no en vano, los primeros caballeros de la Mesa Redonda eran “caballeros de Cristo”, con el mismo aliento que animaba a los cruzados:

—¡Cuerpo de tal! —dijo a esta sazón don Quijote—. ¿Hay más, sino mandar Su Majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España; que, aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco? Esténme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, o fueran hechos de alfenique? Si no, díganme: ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? ¡Había, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianís, o alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula; que si alguno éstos hoy viviera y con el Turco se afrontara, a fee que no le arrendara la ganancia! Pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, a lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo más (II, 1).

Cervantes cede al impulso arbitrista de su época en las primeras palabras de Don Quijote, buscando una solución para los males que aquejan o amenazan a España y a la Cristiandad; luego, el Ingenioso Caballero vuelve a acordarse de sus lecturas y retoma las hazañas narradas de quienes le precedieron en el ejercicio de la caballería.

El Quijote es una continua confrontación entre la realidad cotidiana y la ficción literaria; hay ocasiones en que esos dos mundos chocan de forma irreconciliable, provocando la risa entre los lectores y el enojo, la cólera al protagonista. El idealismo de los libros de caballerías tropieza con las necesidades perentorias de la vida, y Cervantes es especialmente sensible a esos aspectos; la literatura nunca habla de dinero, ni de comida, ni de otros aspectos materiales, a los que sí se refiere, puntualmente, el escritor alcalaíno:

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba; que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles; y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud que, en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido. Mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse; y, cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos, que eran pocas y raras veces, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del

caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aún se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase (I, 3).

El ventero ha advertido a Don Quijote de la necesidad de llevar dinero desde los primeros capítulos de la novela; sin embargo, el caballero no acaba de entender los consejos, y la situación se plantea sin sombras de ningún tipo:

que yo no puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto, sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario, que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciera, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incómodos de la tierra (I, 17).

Si el dinero es una de las preocupaciones presentes a lo largo de la novela, la necesidad de la comida y de llevar provisiones constituye otro de los rasgos recurrentes:

--¡Qué mal lo entiendes! --respondió don Quijote--. Hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes; y, ya que coman, sea de aquello que hallaren más a mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo; que, aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban en flores. Y, aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque, en efeto, eran hombres como nosotros, hase de entender también que, andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados, y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoje lo que a mí me da gusto. Ni querrás tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios (I, 10).

Claro, que se ve que los tiempos han cambiado y que, al parecer de Sancho, las costumbres habituales de los libros de caballerías no deberían haberse perdido:

Pero dime: ¿qué joya fue la que te dio, al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.

--Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debió de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando della me despedí; y aun, por más señas, era el queso ovejuno (I, 31).

El choque de la realidad y la ficción resulta evidente. Pero el debate llega más

lejos, y el mismo Don Quijote llega a planteárselo: posiblemente, las hazañas que cuentan los libros de caballerías nunca existieron, y sus protagonistas tampoco.

—Pues con ese beneplácito —respondió el cura—, digo que mi escrúpulo es que no me puedo persuadir en ninguna manera a que toda la caterva de caballeros andantes que vuestra merced, señor don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes, imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos.

—Ése es otro error —respondió don Quijote— en que han caído muchos, que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes y ocasiones, he procurado sacar a la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad; la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado a Amadís pudiera, a mi parecer, pintar y descubrir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe, que, por la aprehensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus faciones, sus colores y estaturas (II, 1).

La imaginación, la fantasía de Don Quijote le ha permitido “crear” a Amadís y sin mucho esfuerzo podría “pintarse” en la memoria a todos los demás héroes: la memoria receptiva deja paso, de nuevo, a la proyectiva. El protagonista no está dispuesto a renunciar a su mundo, ni a abandonar los ideales caballerescos que movían a los nobles de antaño; Cervantes conoce a la perfección el mundo de aquellos caballeros andantes y el de los nobles de su tiempo, y en las palabras de su creación no deja de haber una crítica a la situación de la nobleza de los primeros años del siglo XVII:

—Muchas veces he dicho lo que vuelvo a decir ahora —respondió don Quijote—: que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y, por parecerme a mí que si el cielo milagrosamente no les da a entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano, como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar a vuesa merced del error que con los muchos tiene; lo que pienso hacer es el rogar al cielo le saque dél, y le dé a entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran; pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo (II, 18).

BIBLIOGRAFÍA

ABRAMS, M. H., *El espejo y la lámpara*. Barcelona, 1972.

AMEZUA, J., *Metamorfosis del caballero: Sus transformaciones en los libros de caballerías españoles*. México, 1984.

- ARAGÓN MATEOS, S., *El señor ausente. El señorío nobiliario en la España del Setecientos*. Lérida, 2000.
- AVALLE ARCE, J. B., *Don Quijote como forma de vida*. Valencia, 1976.
- CACHO BLECUA, J. M., *Amadís: heroísmo mítico-cortesano*. Madrid, 1979.
- CARRASCO MARTÍNEZ, A., *Sangre, honor y privilegio. La nobleza española bajo los Austrias*. Madrid, 2000.
- DELPECH, F., "Du héros marqué au signe du prophète: esquisse pour l'archéologie d'un motif chevaleresque", *Bulletin Hispanique*, 92/1 (1990), pp. 237-57.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*. Madrid, 1973.
- FUENTES, C., *Cervantes o la crítica de la lectura*. Alcalá de Henares, 1994.
- GARCÍA HERNÁN, D., "La nobleza en la España del Barroco", *Congreso Internacional España y Suecia en la época del barroco (1600-1660)*. Madrid, 1998, pp. 657-66.
- GRACIA, P., *Las señales del destino heroico*. Barcelona, 1991.
- KÖHLER, E., *La aventura caballeresca: Ideal y realidad en la narrativa cortés*. Barcelona, 1991.
- RAGLAN (Lord), "The Hero of Tradition", en A. Dundes, *The Study of Folklore*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1965, pp. 142-57.
- REDONDO, A., "Acercamiento al Quijote desde una perspectiva histórico-social", en *Cervantes*. Alcalá de Henares, 1995.
- RILEY, E. C., *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*. Barcelona, 2001.
- RIQUER, M. de, *Vida caballeresca en la España del siglo XV*. Madrid, 1965.
- RIQUER, M. de, *Aproximación al "Quijote"*. Barcelona, 1967.
- RUGGIERI, J. S., *Caballería e cortesia nella vita e nella cultura di Spagna*. Módena, 1980.
- SERÉS, G., "El concepto de Fantasía desde la estética clásica a la dieciochesca". *Anales de Literatura Española*, 10 (1994), pp. 207-236.
- SERRANO PONCELA, S., "El mito, la caballería andante y las novelas populares". *Papeles de Son Armadans*, 53 (1960), pp. 121-56.